

CELCIT. Dramática Latinoamericana 207

TÁBANO Y LA ARAÑA

Raúl Hernández Garrido

PERSONAJES: 2

CALIMA

TABANO

Dormitorio-mausoleo, en penumbras; caos: ropas y objetos inimaginables por el suelo. En el centro, una cama baja e inmensa, las ropas revueltas, y enredadas en ellas, inertes, dos cuerpos: un hombre y una mujer. El hombre, TÁBANO, 32 años, alto, delgado, fuerte, de rasgos duros, la piel ennegrecida y curtida como el cuero, se despereza. Mira el cuerpo de la mujer con asco. Alza de su cuello un collar de perlas gruesas como nueces, y lo suelta, dejándolo caer. Se rasca, tiritita de frío. Anda entre los objetos que pueblan el suelo, dándole patadas. Va en calzoncillos, y tiene los calcetines puestos, semicaídos. Encuentra una americana. La hurga, la huele. Se la pone. Se nota incómodo con ella, demasiado elegante para él. Vuelve la mirada hacia CALIMA. Todavía dormida, una babilla resbala entre sus labios. TÁBANO, de rodillas sobre ella, aprisiona con sus manos su cuello. La posición perfecta para el asesino. Pero baja la cabeza. Furioso por su impotencia, vuelve a coger el collar. Lo arranca de un tirón y se lo guarda en uno de los bolsillos de la americana. En silencio, se pone con torpeza precipitada unos pantalones que ha encontrado en el suelo y se dirige a la puerta. Está cerrada, y no hay llave en su cerradura. Sus intentos para abrirla son inútiles. Probará la que es la otra salida: la ventana. Descorre las tupidas cortinas para descubrir unos gruesos barrotes contra lo que nada sería posible. CALIMA se revuelve, gruñendo. La luz de la mañana le molesta. TÁBANO busca la

protección de la sombra, cerca de la puerta.

CALIMA tiene unos cincuenta años. Su cuerpo acusa una vejez incipiente. Se encuentra atontada, bajo una mezcla de alcohol y drogas. Su rostro se desfigura bajo una capa de maquillaje. Su boca es grande, sin labios. Viste una combinación de tela ligera que no esconde su cuerpo.

CALIMA: (Desde la inconsciencia) ...ya te has vestido para la fiesta... seguro que esos son lo invitados, ya están aquí... espero que el champagne esté preparado, bien frío, a la temperatura justa... traerán los pies sucios de barro, que no suban a las camas, que antes se desnuden del todo... habrá que llenar la piscina de champagne, todos al agua, que no les quede ni una pizca de barro... entonces te besaré... (Mientras habla, CALIMA, sonámbula, se levanta lentamente, tanteando con los brazos extendidos el espacio vacío, acercándose en círculos a TÁBANO, hasta acorralarle contra la pared. Las manos de CALIMA están cubiertas hasta la muñeca por unos guantes blancos.) ...te seguiré besando, emborrachándome con tu olor, respirándolo, hasta lo más íntimo, tu olor a fruta podrida, reventando entre mis dientes, dejando en tu piel el surco de mis uñas, las huellas de mi boca. Tu sangre me vuelve loca, su sabor a mar. Mírame, sigue mirándome, no dejes de mirarme. (CALIMA rodea a TÁBANO con sus brazos. Le acaricia con ansiedad.) He tenido muchos hombres, pero tú eres diferente. Tu olor. Aunque te laves mil veces no desaparecería. Y tu carne. Dura, músculo y piel, forjada en la calle. (TÁBANO intenta deshacerse de su abrazo. CALIMA no le suelta.) Encender las luces y verte sobre el suelo del salón: me gustaste. Toda esa mole, indefensa. Azul en tus ojos. De tu sien se escapaba un hilillo rojo. Entonces te quise, sólo para mí. Sólo yo te besaría. Sólo yo te acariciaría.

TÁBANO: Déjame.

CALIMA: Ninguna más sabrá lo que es disfrutarte. Me reservaré esa locura para mí.

TÁBANO: No me toques. No soporto el tacto de esos guantes. Me dan asco.

CALIMA: ¿Y es que eso no te gusta? Yo en cambio te adoro. Eres pura basura.

TÁBANO: Dan ganas de vomitar.

CALIMA: ¿Tú, con remilgos?

(CALIMA le mete mano. TÁBANO le sujeta el brazo.)

CALIMA: Déjate hacer. Eres mío.

TÁBANO: No soy tu esclavo.

CALIMA: Entonces, ¿qué eres?

TÁBANO: Dentro de mí hay algo que no habéis conseguido ensuciar.

CALIMA: ¿Y qué? Sólo me interesa lo que llegue a mis manos y a mi boca.

TÁBANO: Me ahogo. Abre las ventanas.

CALIMA: ¿Qué necesidad hay?

TÁBANO: El aire está cargado, corrompido.

CALIMA: Somos tú y yo.

TÁBANO: No quiero oírte.

CALIMA: Sí, es la corrupción que tú me provocas lo que huele.

TÁBANO: Apártate. Te voy a golpear.

CALIMA: Sí, es mi carne que se abre para ti.

TÁBANO: Me has obligado a probar tu carne vieja. Mi boca... está infecta.

(CALIMA pasa sus brazos por detrás del torso de TÁBANO. Araña con sus manos enguantadas su espalda. TÁBANO se deja hacer en principio, con una resignación dudosa.)

TÁBANO: Toda la noche tocándome, con tus manos viejas, la frialdad de tus guantes. Vamos, muéstramelas. Deja que me ría de tus arrugas. ¿Todavía hay piel en tus manos? ¿Es tan sucia que no te atreves a mostrármela?

(CALIMA abofetea a TÁBANO. Él va a reaccionar con rudeza, pero CALIMA le da la espalda, no dejándole opción.)

TÁBANO: Algún día te mataré.

CALIMA: ¿Tú?

TÁBANO: ¿Crees que no soy capaz? Algún día no me contendré. ¿Te crees que no sufro, que todo esto no me duele?

CALIMA: Realmente, es conmovedor.

TÁBANO: Algún día no podré soportarlo más, y entonces...

CALIMA: ¿Qué harás luego con Toro?

TÁBANO: Me da igual lo que me haga tu matón. Iré a la policía.

CALIMA: ¿Qué les contarías?

TÁBANO: Que me teníais encerrado. Que he sufrido las mayores torturas, las más sucias artimañas...

CALIMA: ¿Y quién te va a creer? Seguro que ellos te conocen lo suficiente para no darle crédito a tus palabras.

TÁBANO: Eres odiosa.

CALIMA: Y tú delicioso.

TÁBANO: ¿Qué quieres de mí?

CALIMA: Sólo seguir divirtiéndome. Ven.

(TÁBANO, como un niño sin voluntad, sigue a CALIMA a la cama. Extendida voluptuosamente, le empuja con el pie hacia abajo, hasta tenerle de rodillas ante ella. Con un pie le acaricia la cabeza, enredándolo en su pelo. TÁBANO le coge el otro pie y lo besa.)

CALIMA: Anoche creí llegar al final. Saboreé instantes que ya no eran tiempo. Vagué por paisajes sin retorno. Pero sigues teniendo más dentro de ti. Pareces inagotable.

TÁBANO: Y tú siempre quieres más. Nada te podría colmar.

CALIMA: Tú podrías. Lo sé.

TÁBANO: ¿Lo deseas?

CALIMA: Sí.

TÁBANO: ¿Tanto lo deseas?

CALIMA: Házmelo otra vez. Por favor, hazlo.

TÁBANO: Te arrastrarías por conseguirlo.

CALIMA: Te necesito dentro de mí.

TÁBANO: Zorra. Si tanto lo quieres gánatelo. Vamos.

CALIMA: Aplástame, pero hazme mujer.

TÁBANO: Con qué facilidad te pones a mis pies.

(CALIMA es ahora quien se arrastra ante TÁBANO, erguido ante ella.)

TÁBANO: Ahora, ¿quién es el amo?

CALIMA: Soy tuya. Hazme lo que quieras.

TÁBANO: Y cuánto te canses de mí, entonces, ¿qué?

CALIMA: Nunca me cansaré de ti.

TÁBANO: No me digas que no ha habido otros antes. ¿Qué ha sido de ellos?

CALIMA: Tú eres diferente.

TÁBANO: Hasta que ya no pueda más. Hasta que me hayas chupado hasta la última gota. Entonces, cuando sea un despojo, ¿me entregarás a tu gorila para que se entretenga con lo que quede de mí?

CALIMA: ¿Por qué piensas esas cosas? Ven, olvídate de todo. Tú y yo juntos. Piensa en el ahora.

TÁBANO: Hasta que ya sea demasiado tarde.

CALIMA: Pídemelo lo que quieras.

TÁBANO: ¿No te das cuenta? Quiero ser libre. Huír, escapar de tus garras.

CALIMA: Si así lo quieres, yo te abriré las puertas. Pondré a Toro a tus pies. Pero sé que no te irás.

TÁBANO: ¿Qué me retendría? ¿Tus arrugas? ¿Tu sabor podrido?

CALIMA: (Sonríe con malicia) Mi cubertería de plata.

TÁBANO: ¿Cómo puedes decir eso?

CALIMA: Vamos. ¿Un ratero con dignidad? ¿Para qué te metiste en mi casa, si no, a hurtadillas? ¿Creías que te confundirías con algún invitado rezagado? Sólo te faltaba el antifaz y las ganzúas. Eso es lo que te retiene. Tus ojos no buscan mis pechos, van directos a mis joyas. Te gusta el dinero. Te gusta más que la vida. Con eso se te puede comprar.

TÁBANO: Afuera puedo tener todo lo que quiera.

CALIMA: Pero tú siempre quieres mucho más. Lo sé muy bien. Tú y yo tenemos mucho en común.

TÁBANO: ...igual que la mosca y la araña...

CALIMA: ...igual que la mosca y la araña...

TÁBANO: No siempre se repite la misma historia. No siempre la araña devora a la mosca. No todas las telarañas son lo suficientemente fuertes.

CALIMA: Intenta escapar, lucha. Quiero verte en tensión, tus músculos crispándose.

TÁBANO: ¿Te burlas de mí?

CALIMA: Yo no me río de las cosas de comer.

TÁBANO: Te estrangularé. Algún día lo haré. Por todo, algún día te estrangularé.

(CALIMA se acerca a él y echa la cabeza hacia atrás: no se lo puede poner más fácil. TÁBANO duda. Sus manos se alzan, lentamente, como en sueños. Apenas rozan el cuello de CALIMA. Ella goza con la proximidad, con el roce, con la situación. TÁBANO retira sus manos, pero antes, CALIMA le agarra el brazo y lo muerde con furor. Él salta, la aparta de un manotazo.)

CALIMA: Cobarde.

TÁBANO: Estás loca.

CALIMA: Y tú, ¿te crees en tu sano juicio?

TÁBANO: Desde que entré en esta casa, comencé a perder la razón.

CALIMA: ¿Quién te mando entrar en ella? ¿Quién te obligó? Debimos haber acabado contigo entonces, como con un perro.

TÁBANO: Tal vez hubiera sido preferible eso a todo lo que me habéis hecho pasar luego, todas y cada uno de tus vejaciones.

CALIMA: ¿Quién eres tú para hablar de vejaciones y quejarte? Tú no eres humano. Eres de la calle. Nacido y criado en las calles: una pura vejación. Ahora estás en el Paraíso. ¿No te habías dado cuenta?

TÁBANO: No me toques. Aparta esos guantes de mí.

CALIMA: ¿Prefieres que me los quite?

(CALIMA hace ademán de quitarse los guantes. TÁBANO se queda fascinado por lo que pueda mostrar CALIMA. Luego, horrorizado, pensando en lo que puedan esconder los guantes, deja de mirar, dándole la espalda. CALIMA ríe, como una posesa.)

CALIMA: Mi vagabundo es todo un caballero. Mi vagabundo tiene una princesita en las calles. Encerrada en una jeringuilla de cristal.

TÁBANO: ¿Qué estás diciendo?

CALIMA: Tiene los ojos azules y cicatrices rojas en las venas. Uno sesenta de estatura y mil pesetas la mamada. Es sorprendente lo que una niña puede hacer hoy en día por un montón de calderilla.

TÁBANO: ¿De qué hablas?

CALIMA: De tu amor secreto. Tan bella, tan dulce. Te gustaría volver a verla, ¿verdad? Preferirías estar con ella en vez de con una vieja como yo, ¿verdad?

TÁBANO: ¿Cómo sabes esas cosas? Son mentiras. Esta vez no me has engañado. No te ha salido bien el juego.

CALIMA: No, no me ha salido bien.

TÁBANO: ¿Cómo has podido saber esas cosas?

CALIMA: Yo lo sé todo, lo puedo todo. El dinero abre cualquier puerta. Deberías de saberlo muy bien. Esa fulanilla, ¿aún te gusta más que yo?

TÁBANO: Me estás engañando. Quieres volverme loco.

CALIMA: Toro berreó de gusto. Yo estaba ahí. Lo vi todo. Para eso pagaba. La verdad, no sé si mereció la pena. Las he visto mejores.

TÁBANO: ¿No te basta conmigo? ¿Qué le habéis hecho?

CALIMA: Nada que no quisiera ofrecernos. Fue enternecedor.

(TÁBANO va hacia ella y la zarandea.)

TÁBANO: Eres abominable.

(CALIMA intenta sujetarle. Le agarra de la chaqueta, y siente en ella el bulto del collar.)

CALIMA: ¿Qué es esto? ¿Otro de tus robos mezquinos?

(En la lucha, desgarrar su chaqueta, y CALIMA se queda con el collar en la mano.

CALIMA ríe.)

TÁBANO: Suéltalo.

(Forcejean, cada uno agarrando el collar por un lado. A TÁBANO le va la vida en ello. CALIMA se ríe del juego. El collar cede a la tensión y se desgaja, esparciéndose sus cuentas por el suelo. TÁBANO se cae de espaldas, y CALIMA ríe hasta el paroxismo. TÁBANO recoge con ansiedad las cuentas caídas, intentando borrar su robo. La risa de CALIMA le persigue. TÁBANO le mira humillado. No puede caer más bajo.)

CALIMA: Tú también te vendes barato. ¿Crees que esa baratija me importa algo?

(CALIMA abre un joyero, escondido tras la cabecera de la cama. Arroja sobre la cabeza del derrotado TÁBANO collares, pulseras, broches, avergonzándole aún

más. Humillado, él deja escapar las cuentas que había conseguido recuperar y que caen rodando por el suelo.)

CALIMA: Cógelo. Vamos, cógelo todo. Considéralo mi regalo de bodas.

(TÁBANO no levanta cabeza.)

CALIMA: Huye con ello. ¿Crees que te estará esperando?

TÁBANO: ¿Qué has hecho con ella?

CALIMA: Su padre es un individuo bastante juicioso. Sabe hacer negocios. No deja escapar lo que le conviene.

(TÁBANO se levanta. Es un animal malherido, capaz de todo, enceguecido.)

TÁBANO: ¿A dónde quieres ir a parar? ¿Cuál va a ser el próximo golpe?

CALIMA: Sin mí que vacía sería tu vida.

TÁBANO: Dime qué es lo que has hecho. Dónde está ella.

CALIMA: Dudo que vuelvas a encontrarla. Están lejos, nadie te sabrá decir dónde.

Si la llegas a encontrar, se le habrá acabado el negocio a tu padre.

(TÁBANO le golpea con fiereza, sin contemplaciones. La está matando.)

CALIMA: Déjame. Conmigo podrás vivir como quieras.

TÁBANO: Contigo es mejor estar muerto. ¿No disfrutas mi amor? ¿No sientes toda la fuerza de mi cariño?

CALIMA: Así te crees más hombre, más poderoso. Hazlo. Sigue. Vamos, más fuerte.

TÁBANO: Cállate. ¿Cuánto más te tendré que dar?

(Los golpes se recrudecen más allá del goce. CALIMA comprende que le va a matar. Es incapaz de gritar, de pedir ayuda. CALIMA es un guiñapo vivo.)

CALIMA: (Acurrucada, intentando detener los golpes) Por favor, por favor...

TÁBANO: Mereces que te arranque la piel a tiras.

CALIMA: Mátame, pero no me abandones. Golpéame más, no te vayas.

(TÁBANO le asesta una patada con todo el pie en el vientre. CALIMA se retuerce, sin emitir queja. TÁBANO le mira, desvanecida en el suelo. Cree que le ha matado. TÁBANO recapacita, comienza a volver a actuar con frialdad. Plan de fuga. En un momento saquea la habitación. Se guarda lo que considera con algún valor. Pero no encuentra lo que busca.)

TÁBANO: ¿Dónde está?

CALIMA: Sonríeme y te la daré.

(TÁBANO le retuerce el brazo.)

TÁBANO: ¿Dónde está?

(CALIMA indica, con dificultad, la cama. TÁBANO se abalanza como un animal hacia ella y desgarrar las ropas de la cama, destripa el colchón. Encuentra la llave y la alza sobre su cabeza, con un grito de triunfo. Se dirige a su salvación pero, ante la puerta, dedica una última mirada al bulto de CALIMA. Advierte un temblor que agita sus despojos.)

TÁBANO: Te creías muy lista, y no eras más que una vieja zorra. Te imaginabas que una vieja zorra podría algo contra Tábano, alguien de la calle, alguien que las ha mamado todas y ha salido siempre adelante.

CALIMA: Tábano.

(TÁBANO duda. Va hacia ella, intentando descifrar algo del susurro de su voz.)

TÁBANO: Calima...

CALIMA: Ya has conseguido lo que querías. Me robas y te vas. No puedo retenerte más, pero, por favor,...

(TÁBANO se agacha junto a ella y le toma la cabeza entre las manos.)

CALIMA: Dime que me deseas, antes de desaparecer.

TÁBANO: (Titubea pero, al fin:) Te deseo...

CALIMA: Abrázame fuerte. Me siento morir.

(TÁBANO abraza a CALIMA.)

CALIMA: Hazme el amor, sólo una vez, antes de que acabe todo.

(TÁBANO la alza en sus brazos para llevarla a la cama.)

CALIMA: No. Aquí, sobre el suelo. Quiero que me aplastes contra el suelo.

Bésame, por última vez.

(TÁBANO la besa. Como rediviva, CALIMA se aferra a él. Su boca, ansiosa, se pega a la del hombre.)

CALIMA: No te dejaré ir. Tendrás lo que quieras, pero no saldrás de la habitación.

(Perdiendo fuerza, ya con un hilillo de voz.) Soy como la niebla sobre el mar, siempre pegada a tu cuerpo. Nada me puede deshacer. Te arrastraré en mi

caída. (Agarrada a él hasta fundir la piel de uno en la de otro, TÁBANO realiza esfuerzos inútiles por separarse de la araña. Sólo consigue caer una vez más con ella. CALIMA cede, con un estremecimiento que llega hasta la médula del hombre. El cuerpo de la mujer, inánime-no muerto, los ojos abiertos pero sin mirar ya a nada, yace en medio de la habitación. TÁBANO, de pie, la mira, y antes de salir no puede resistir una oscura tentación. Toma su brazo izquierdo y, con cautela, con temor, va desmadejando el guante que cubre su mano. La visión de ésta, desnuda, le turba. Es una mano limpia, pura, la mano de una virgen adolescente. Una mano blanca. Crispado por lo que ve y no cree, se precipita para descubrir la mano derecha de la mujer. Su corazón se quiebra al encontrarse con una mano tan pura como la primera. La besa y enjuaga sus lágrimas entre los dedos de nieve, acariciándose las mejillas con la suavidad de su inocencia. Los miembros de la mujer se le van escapando, reclamados por la gravedad. TÁBANO se levanta y toma los dos guantes de CALIMA, escondiéndoselos, como lo más preciado, entre lo más oculto de sus ropas. Sale rápidamente, sin mirar atrás - nunca mires atrás - y tras él todo se cierra con un portazo. CALIMA, poco a poco, se hace con el dominio del último latido de vida que le queda. Se arrastra hasta la cama y, tirando del cable del teléfono, busca con dificultad el auricular. Marca un número interior. PAUSA mientras la llamada recibe respuesta.)

CALIMA: Toro, el ladrón escapa. Mátalo, y luego tráemelo.

(Como puede, CALIMA se tiende sobre la cama, en su centro, como en un trono. La escena va a OSCURO.)

Raúl Hernández Garrido. Correo electrónico: raulhgar@terra.es

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Noviembre 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar